

Estética de animal mudo

Historia natural de los objetos insignificantes

JACOBO CARDONA ECHEVERRI
Universidad de Antioquia, Medellín,
2015, 147 pp.

ANTES DE comenzar, debo advertir que este libro es un engaño: aunque se nos presenta como un ensayo en el texto introductorio, este escrito sobrepasa los límites formales del centauro de los géneros. Rozando con la ficción, con la crítica de cine e incluso con la poesía más prosaica, es en su conjunto una afrenta formal que nos sumerge de maneras insospechadas en el mundo cotidiano de las cosas y los objetos, de los objetos que tercamente designamos como inútiles.

De raigambre académica y filosófica, su escritura en general es una combinación de metáforas y figuras que no hacen más que abrir una paleta de matices literarios, cinematográficos y filosóficos para abordar un problema bastante específico: los objetos nos ofrecen otra versión de la historia y hablan de un universo compuesto por un entramado emocional y social que con el tiempo tiende a debilitarse por el consumo. Unidos por una escritura bastante elaborada y a la vez sólida, todos los elementos de este libro se conjugan en un tremendo aparato, casi que maquínico, para llegar a la conclusión de que esa vida inanimada que se les otorgó a las cosas no es más que una necia y terca necesidad de negarles voz a quienes la tienen, cosas que nos hablan de frente y a oscuras del hombre mismo.

El autor nos plantea en cinco capítulos (que por cierto titula maravillosamente: “La incógnita final del objeto”, “Cartografía del instante”, por dar un par ejemplos) la posibilidad de pensar los objetos desde una dimensión histórica y antropológica; nos invita a palpar la persistencia de los signos que hay en ellos y que han poblado la tierra en una clara intención semiológica a la que pocas veces se le presta atención. Con algunos tintes narrativos y a veces poéticos, nos deslizamos por parajes que juegan a situarnos en el tiempo en que el autor quiere que estemos,

el tiempo preciso para entender lo que nos quiere contar; para esto echa mano del cine de Tarkovski, la poesía de Borges, la filosofía estructuralista, o incluso los recuerdos de infancia del mismo autor, sin romper la intención de su discurso.

Al terminar el libro, nos vamos con una tremenda victoria: la de comprender que los objetos guardan una memoria que la historia ha decidido ignorar, la de repensar el sentido que otorgamos al razonamiento escrito y no a la experiencia táctil, visual y aun doméstica. Ante todo, *Historia natural de los objetos insignificantes* es un documento hermenéutico sobre aquellas redes que se crean en torno a hechos que siempre asimilamos aislados, hechos que pensamos desligados de los grandes acontecimientos de la humanidad e incluso de la biología, la evolución y la ciencia en general. Cada uno de sus párrafos es un triunfo semántico sobre la construcción de nuevos sentidos creados alrededor de una mirada renovadora: la materia hace al hombre, y no solo el hombre a la materia, o en palabras del autor: “Todo es narrado, pero todo narra” (p. 63).

Del talento de *Mitologías*, de Roland Barthes, o del *Libro de los Pasajes*, de Walter Benjamin, este texto, que mantiene su evidente y tajante tono universitario, permite aseveraciones que las ciencias humanas pocas veces consideran; por su habilidad semiológica para encontrar vida e interpretación en fenómenos cotidianos y aparentemente inocuos, representa un avance en materia de investigación fenomenológica. Para esto, el autor encuentra relaciones entre acontecimientos que se suponen azarosos, dispersos e inconexos, y les otorga un capítulo y un espacio en la formación de la historia oficial; reconoce en ellos una “congregación de extensiones” que hace trizas los límites de lo científico para hacerlos ahora emotivos y bastante cercanos a cada individuo. Aprendemos, por ejemplo, la manera en la que los objetos heredan nuestras experiencias, la intrincada artimaña con la que ellos regalan a la historia aquello que el hombre en su terrible finitud no alcanza, esto es, la posibilidad de reinventarse de maneras atemporales. Tomando herramientas de

distintos talentos, nos damos cuenta por ejemplo de cómo el autor se ayuda de la arqueología para fortalecer sus hipótesis, pero también para hacernos comprender lo antiguo y remoto de esta relación entre la historia del hombre y los objetos mismos.

Cuando hacía referencia al coque-teo poético del libro no solo lo decía por sus citas, sino por su estilo y por su armazón estética. Es asombroso encontrarnos con asuntos como: “El constante intercambio de materia, energía e información es imprescindible para detener momentáneamente la decadencia. La vida es la reproducción de lo faltante, de la ausencia azarosa que nunca puede ser llenada porque eso es precisamente lo que la define. La búsqueda inútil de algo que nunca podrá ser encontrado es experiencia circunstancial” (p. 90). O como: “Traficar con fantasmas, eso es vivir” (p. 113). O conclusiones del tipo “la piel piensa la temperatura” (p. 94), como invitándonos a fantasear con una posible biografía del tacto. Todo el libro, desde su presentación hasta el epílogo, está sembrado de estas imágenes.

Cerca del final, con un optimismo de pesimista, el autor nos dice que “somos fases” (p. 117) de una secuencia que aún no entendemos y no dimensionamos precisamente por olvidar eso minúsculo, eso animal que nos rodea en cada nostalgia materializada en objeto, en cada cosa que yace silenciosa en un cajón, una imagen roída en alguna película de los años sesenta o las cosas que nos vigilan expectantes. Aunque todo esto pareciera un manifiesto de bestia muda, los objetos inútiles están durmiendo bajo ese molesto adjetivo solo por la comodidad que otorga el ignorar la potencia, el caos y el lógico azar que los rodea.

Si seguimos al autor, de *Historia natural de los objetos insignificantes* solo puede esperarse un encuentro con el desatino, la gran duda y la pregunta siempre abierta acerca del porvenir de las relaciones humanas y no humanas; al acceder a sus páginas debemos reconocer la infinidad de correspondencias que se tejen entre lo “inútil” y lo coyuntural, lo micro y lo macro, que permean cada uno de nuestros actos, nuestros productos, así como el consumo y los signos que vamos instaurando. Por esto mismo, no deja de asombrar

que al terminar la lectura comencemos a generar nuevas reflexiones en torno a la actual era digital, en la que se producen experiencias sensoriales de corta duración y un pasado que sigue develando ecos universales de profunda asimilación.

En definitiva, este libro es un bello, sesudo y misterioso engaño.

Lina Alonso Castillo